



Spinetta, Spinetta, Spinetta, Páez



LA LA LA | SPINETTA, PAEZ. (EMI)
Folís Verghet | Instant-Táneas |
Tengo un mono | Retrato de bambis
| Asilo en tu corazón | Dejaste ver tu
corazón | Solo la la la | Gricel | Ser-
piente de gas | Todos estos años de
gente | Carta para mí desde el 2086 |
Jaballes conejines | Parte del aire |
Cuando el arte ataque | Pequeño
ángel | Arrecife | Estoy atiborrado
con tu amor | Un niño nace | Woy-
cek | Hay otra canción.

Al ver el título de este álbum doble *La la la*, la primera impresión que uno tiene es que se trata de un trabajo frívolo hecho más o menos a la apurada por dos estrellas de la música argentina. Otro elegante paquete amparado en la popularidad de sus creadores. Pero no es así. Por lo menos no tanto.

Más allá de las veinte canciones con interés fluctuante, existe una intención de pensar el disco globalmente. El *la la la* del título es una conceptualización de la forma musical, una mini-estructura repetitiva que surge por aquí y por allá a través de los surcos que conforman estas dos placas. Es una presencia que aúna y engloba los diversos temas en un mismo trabajo conjunto.

Por otra parte, los temas instrumentales, que por lo general en esta clase de discos siempre son como parches que responden a otra estética, agregados que en vez de llenar huecos los vacían aún más, aquí aparecen justificados plenamente, cumpliendo una función precisa. Actúan como remansos, descansos necesarios para poder seguir escuchando en buenas con-

diciones y evitar una posible saturación como receptores. *Retrato de bambis* por ejemplo, un breve arreglo de cuerdas, está ubicado estratégicamente luego de la delirante *Tengo un mono* y pone nuestros sentidos nuevamente alertas. *Solo la la la*, cantada en primer plano por Páez es un puente que nos une con algunas de las pequeñas canciones incluidas en aquel viejo disco doble de Almendra, a manera de reconocimiento, mientras que *Woycek* funciona casi como un pacífico cierre ambientalista al fin del segundo disco, para que *Hay otra canción* surja como coda, incluso ya desde el título.

Instrumentalmente casi todo está en manos de Spinetta y Páez, con esporádicas incursiones de Gustavo Giles, Fabián Llonch y Machi en bajos, Daniel Wirz y Lucio Mazaira en batería, Fabiana Cantilo en coros y Carlos Franzetti en ciertos arreglos de cuerdas.

Spinetta

Los diez temas interpretados por Luis Alberto Spinetta son, sin lugar a dudas, lo más sustancial del álbum. Este material es sensiblemente diferente al de su último disco (*Privé*) y resulta más emparentable —por su tratamiento y línea temática— con ediciones más antiguas como *Kamikaze* o aquel legendario *Artaud*. Incluso alguna canción (*Jaballes conejines*) hace pensar en las canciones acústicas de *Pescado Rabioso*.

Más allá de los gustos particulares, Spinetta es una de las personalidades musicales más auténticas que circula por esta zona del mapa. A través de veinte años ha marcado un estilo propio, una manera de cantar, de decir, de frasear, de escribir textos y hacer música, totalmente diferenciada de los inventos de turno. Dio y sigue dando lo suyo.

Tengo un mono puede ser un raga, *Estoy atiborrado...* un jazz cool y *Serpiente de gas* un rock algo furioso, pero todos son antes que nada: Spinetta. Por detrás, por delante y por los costados.

Spinetta

Gricel, el antiguo tango de Mores y Contursi es recreado aquí en el mejor sentido. Se convierte en una canción urbana contemporánea, que más de un oyente desprevenido juraría se trata de una composición del propio Spinetta.

Una letra que en boca de cualquier otro sería de una insoportable cursilería aquí funciona como *metadiscursio* con múltiples lecturas y refiere a una historia rioplatense de malevos y arrabal, de percantas y zaguanes.

La cita, el homenaje, el respeto, la ironía...

Spinetta

Cuando Fito Páez aún jugaba

con tierra, Spinetta ya cantaba *Muchacha (ojos de papel)* por diferentes salas de Buenos Aires.

Y eso se nota. Se nota bastante.

Páez

Fito Páez, en cambio, sigue siendo apenas un buen imitador. Un imitador con oficio, eso sí, y quizá con algún poquitín de talento. Pues donde otros han quedado por el camino él consigue lograr la comunicación y el contagio.

Es fundamentalmente Charly García, a veces también es Baglietto (*Dejaste ver tu corazón*) y por momentos intenta ser Spinetta.

Páez es un buen instrumentista y un correcto arreglador, pero por lo general toma como sutilezas lo que es obvio.

La fotografía de tapa es ilustrativa de por sí. Mediante un habilidoso efecto fotográfico se funden en uno solo los rostros de ambos intérpretes. Pero uno sólo ve el de Spinetta. A Páez se lo reconoce recién al rato y débilmente. Lo mismo sucede adentro.

Resumiendo, no es un trabajo fundamental ni imprescindible, pero sí un álbum doble con varios puntos de interés. Con preocupación por ciertos detalles, lo que ya es bastante. Y sobresale dignamente entre tanta guaranguería que se edita en ambas márgenes del Plata. Más allá de modas y farándulas pasajeras.

Fidel Sclavo ①

Recital de Los que iban cantando Es imposible de olvidar

Confieso que concurrí al espectáculo de *Los que iban cantando*, en el Teatro del Notariado, con un clima interior absolutamente pesimista en expectativas que, por cierto, me disponía de antemano —oh prejuicios— a reencontrarme con tres cadáveres ilustres (Jorge Bonaldi, Luis Trochón, Jorge Lazaroff) y un nuevo integrante (Edú Lombardo), adentrándose en una factible senda del fracaso.

Me equivoqué. Lo que ocurre es que en los últimos años la mayoría de las reuniones o *revivals*, tanto en el campo nacional como internacional, no habían sido del todo tonificantes y/o removedores. En el caso de *Los que iban cantando*, la sensación de neutralidad (en el sentido de *no va a pasar nada*) en cuanto a un nuevo contagio intelectual y emotivo con su público, estaba previamente graduada —y acentuada— por la negativa de Carlos Da Silveira a vincularse al proyecto en marcha. Quien conoce a Da Silveira —todo un talento, sin duda, que se dejó ver sí junto a sus ex-compañeros en el programa *Homenaje* (Canal 10) de Juan Carlos Mareco— sabe que generalmente no da pasos en falso o generalados, ya que sus decisiones —en el ámbito musical— siempre han resultado

afinadas y consecuentes con sus patrones reflexivos.

La trayectoria de *Los que iban cantando*, como lo que delata (in)tenidamente Jorge Lazaroff en su extraordinaria *De generaciones*, seguramente también es *imposible de olvidar*. Hay una memoria del grupo, registrada en fonogramas para el sello *Ayul*, que el tiempo —siempre severo en términos de sedimento artístico— no ha podido diluir. Es más: esa memoria, que comienza a escribir su historia personal en un ya lejano 1977, aún sigue describiendo no sólo persistencia (el célebre *a pesar de*), sino una conducta estética que ha sabido manejar con amplitud sobresaliente diversos caminos estilísticos y expresivos. Y asimismo, esa memoria tan en movimiento, tan *faro* para una extensa zona de las nuevas (de)generaciones, está empapada no sólo de rigor formal, sino de un profesionalismo ejemplar.

Los que iban cantando es un grupo fundamental, fermental y verdaderamente renovador, dentro de la historia de la música popular uruguaya. Sin negar la tradición, y sin darle la espalda como muchos indiferentes, han logrado *continuarla*, re-alentándola y, hasta si se me permite, corregirla de algunas experien-

cias confusas y frustrantes que se hicieron hojarasca con los años.

En el presente ya no están el citado Da Silveira ni Jorge Dipólito (hoy es uno de los arquitectos responsables en la construcción del complejo cultural del SODRE); pero sí los restantes miembros, para señalarnos que su actividad conjunta no ha sido en vano, que ha marcado itinerarios muy profundos en nuestra cultura y que, esencialmente, su(s) propuesta(s) no sólo es actual, sino que puede proseguir sin temerle a un propio pasado fulgurante en su alcance.

Confieso, además, que tenía otro temor previo: porque, ¿cómo conciliar tres experiencias solistas —la de Bonaldi, Trochón y Lazaroff— que se habían distanciado, en sus diferentes concepciones estilísticas, hasta el límite de lo posible?

La respuesta es tan sencilla como demoledora: su actividad —y ahora sumándose Lombardo con una precisión y sensualidad interpretativa elocuentes— mantiene el *compromiso individual* y la *comprensión* necesarias para que la canción, esa terrorista que apalabra palabras de aquí y allá, adquieran un sentido mayor en la emisión colectiva.

En escena, por supuesto, todo esto se traduce en desenfadado, en riesgo; en fin, en un abecedario de su contundente riqueza expresiva que no conoce fronteras ni tímbricas, ni armónicas, ni poéticas. Y es allí, por lo tanto, donde reside el mayor beneficio de su reencuentro: *Los que iban cantando* seducen, *connotan*, a través de esa peculiaridad —tan medular— que es *ir a más*. Lo cual está indicando que, su música, sus textos, pueden vehiculizarse tanto a través del ejercicio murguístico (*Baile de más caras*, es un gran ejemplo), como de lo paródico, lo expeditivo, lo austero, y hasta vigorosamente contestatario.

Es un grupo completo, con una sonoridad siempre sorpresiva y ensamblada, nunca cómplice de lo que su público espera, que reproduce en 1987 la vitalidad y el desafío de años anteriores. La propuesta de *Los que iban cantando*, como lo que ellos denuncian, *no fue producto de la imaginación*. Han regresado, pero no para consagrar un tiempo pasado mejor, sino para seguir progresando en una experiencia indudablemente impar.

Raúl Forlán Lamarque ①